

# Esta gente tan callada

(CUENTO)

## Jairo Morales Henao



Este cuento ganó el "Concurso de Cuento Médico" de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia en 1982.

Con éste son seis. Da lo mismo uno o dos más. De todas maneras ya la embarré prendiéndome aquí tan lejos. ¿Por qué vine? Aunque el indio ése me hubiera encontrado tirado ahí, en la hamaca, le podría haber sacado cualquier disculpa. Pero el escrúpulo siempre puede, aunque uno sabe de sobra que la gente exagera a veces, y por cualquier cosa arman un escándalo. ¿O fue el remordimiento? Pero, ¿de qué también? Todos cometemos errores. Tal vez sea cosa de esta tierra caliente que lo va acabando a uno por dentro y por fuera. ¿O será el aislamiento? Lo único que se puede hacer aquí es beber. Beber y pensar. No, la verdad es que al principio hasta se escriben cartas, pero después es como si los pensamientos se derritieran. ¡Qué güevonadas estoy pensando! Mejor pagar y hasta luego. Pero con este sol no se mueve nadie; de aquí al río me insolo. Tocaré esperar a que refresque un poquito, y tomar más despacio, ¡no joda! Dos más y paro con un tinto doble y bien negro. Pero lo primero es mi vejiga, me reviento.

—Mire doña, sírvame otro, y me va preparando un cafecito bien negro, si me hace el favor —se dirigió a la mujer, pero mirando con no disimulada ansiedad hacia el solar. Por un instante creyó que ella, concentrada en dar de mamar a su pequeño, no lo había oído, pero ya se levantaba, con la lentitud que tenían esos calentanos, y que a veces lo desesperaba.

—Voy, doctor.

—Perdone señora. ¿Me permite pasar al solar? Es que necesito ir a orinar.

—Bien pueda doctor, no faltaba más.

Pasó agachándose la estrecha puerta, y antes de alcanzar a acostumbrarse a la salita en tierra, en la que más que ver presintió un camastro y tal vez una hamaca, ya estuvo en el breve corredor que se abría a un patio desierto, en cuyo límite comenzaba el solar. Lo supo pueril, pero no cortó inmediatamente hacia éste, sino que aprovechó la corta sombra hasta donde terminaba: la cocina de separadas cañabravas, ceniza, hollín, pocos y pobres trastes. Entrevió la silueta de la mujer limpiando el fogón, y sólo recogió con algún detalle las tortas de maíz tierno, frías seguramente; las pasaría con el café.

El sol golpeaba con toda su fuerza. Sin una mata ni animal qué ensañarse, el vaho caliente pareció recibirlo con gozo, ceñírsele como abrazo de gladiador. Incluyó la cabeza, y, con sabor de cosa conocida, sintió la total ausencia de aire, lo que aumentaba el volumen de todo, potenciando así el sofoco. ¿Cómo dejé el sombrero en el maldito banco de la ventana? Tomó por el caminito que llevaba al pozo de aguas lluvias, de donde extraían la que necesitaban para las comidas y bañarse.

Súbitamente lo acogió la sombra más fresca. Brisa de cocoteros, abigarrada vegetación, por entre cuyas ramas jugaban a aparecer y esfumarse puntos de luz como peces en acuario. Y doscientos metros más allá, lo sabía, la selva, que lo desasosegaba siempre como un sueño no recordado. En ese silencio punteado de insectos se le aproximó la imagen de su padre, como en humo y de paso. Un segundo, pero suficiente para dejarle en la garganta sequedades de mal presagio. Del rancho le llegó un crepitar muy tenue sobre aroma de madera seca, un sollozo de niño acogido a la cadencia abrigadora de una amonestación cariñosa. Le sorprendió esa silenciosa llama de amor en medio de tanta desolada pobreza; y lo impactó más su asombro. Hasta reaccionario se vuelve uno por aquí, ya desprecio a la gente, no joda.

Echó una mirada de reojo al pozo y se sonrió al recordar las clases de salud pública, su inicial activismo reformador durante los primeros meses en el pueblo, las charlas en el puesto, los consejos en las visitas a los ranchos, hasta que ese silencio tolerante, sin fisuras, que descreía sus palabras o las amasaba en un rumor sin sentido, quebró su coraza jesuítica. En adelante, una vez cumplía con lo suyo, preguntaba si había cerca una venta, y, en caso negativo, pedía claro o aguapanela, o inquiría por quebradas con abundante pesca.

Muy cerca tenía que estar la letrina: un hueco atravesado por dos palos para los pies. Sí, tengo que aguantar la sed ¡Qué flojera! ¡Sería el colmo rebajarme a eso! Será fiebre esta pensadera tan caraja.

Subió su cremallera y movió el brazo izquierdo para apartar una rama. El golpe seco, quemante, en el antebrazo, un encogimiento para esquivar, tardío, el zig zag rojo negro verde catapultado hacia el pozo, un intento de perseguir que sólo fue amague, una corta vibración líquida. Y lo que instantes antes continuaba siendo una tarde pesada, vacía de sonido, diluida en un reverbero de calor y falta de aire, enmarcada por una vegetación de quietud y espesores metálicos, pareció puesta en violento movimiento por una fuerza instantánea, cerrándose sobre él y lanzándolo por encima de su propio aullido hacia el rancho y la mujer. Esta lo miró aterrado, y, quién sabe por qué armonías del miedo, tuvo la impresión de que había empezado a gritar antes que él.

—¡Una culebra, una culebra! ¡Corra mijo a ver a quién encuentra que venga y le ayude al doctor, que lo mordió una culebra! —dijo la mujer, pasando del grito a una especie de serenidad fatalista, práctica, a esa callada voluntad, entre aceptación y rechazo a la hostilidad del medio. Fueron palabras gritadas, por tranquilizar al empalidecido médico, quien en su carrera casi la atropella, mientras que entre maldiciones y un como llanto contenido, acosó con órdenes, de las que en un primer momento sólo retuvo las palabras "candela, navaja, torniquete, tira de cualquier hijueputa trapo".



*Handwritten signature or initials in the bottom right corner of the illustration.*

—¡Mamá, allí va el Matías!

—¿Matías? —gritó ella—. Vaya, corra, dígame que por amor a Dios venga —agregó, mientras con sus fuertes manos morenas apretó duramente el último nudo del torniquete, que, siguiendo instrucciones, ciñó el brazo del médico, con una diligencia acrecida por el miedo de sentirse culpable.

Miró las manos morenas, casi negras, de la mujer, con un agradecimiento hondo, nuevo. Exceptuando las de su madre, cuando murió, nunca había mirado así unas manos.

Matías. ¿Matías? Sólo ahora le llegó el nombre, contundente. Y dejó caer, casi negligentemente, sobre las otras esta nueva capa de miedo. Contuvo el impulso de hablar una vez sintió los pasos seguros del animal empinar por la breve trocha que los dejaría en la troncal; cuando llegaran a ésta le diría. Además, tenía que ahorrar energías. A las secuelas de la mordedura se agregaría el sol, que les daría de frente, casi vertical, cuando cogieran la carretera —absurdamente ancha ahora que el gobierno había abandonado el montaje del embalse. Sería como adentrarse en un desierto.

Dos, tres mosquitos, comenzaron a remolonear alrededor de su sombrero, pero los esperaba y había decidido esforzarse por estar lo más quieto posible. Oyó, no muy por encima, un alateo fuerte, gallinazo o gavilán, sobre un cielo que sabía sin una nube. Con su mano derecha trató de espantar los moscos, y como una revelación imprevista u olvidada habitó en su garganta el miedo: creyó que la mula iba más despacio de lo que debiera.

Pero, no joda, se trata de mi vida. ¿Cómo voy a callarme? Por aquí mueren niños seguido, y el tiene toda una recua de hijos, uno más, uno menos. ¿O pensará el bruto éste que me tiene que llevar despacio? Malditos mosquitos, me van a enloquecer. Y para acabar de ajustar no atraviesa palabra, como casi todos en este rincón. Cuando uno habla es como si se sentaran a verlo actuar, sin aplausos y ni siquiera silbidos.

El sudor de la mula, el del hombre, el suyo; el silencio de los tres, las patas del animal acercando el río. ¿Cuántos años después del rural? La carta que lo decidió a quedarse. Esa tierra que lo había clavado allí y que no podía entender. Tierra pobre, casi estéril para la agricultura; respunteada de casuchas arrimadas a la sombra de grandes árboles, asediadas por unos pocos cerdos, pavos, gallinas, y el infaltable perro, tan flaco como los niños, mujeres, ancianos y hombres que las habitaban. Gente ocupada casi siempre en desgranar maíz, pulir troncos, traer agua, y mirar. Hombres en su plena fuerza, dedicando toda una tarde a pulir una cuchara que nadie necesitaba. La selva le pareció siempre lo único real allí.

Aunque lejano, le llegó un olor de hojas de tabaco bajo un caney que recordó. El olor interrumpió su cabeceo y lo acercó al susto de nuevo. ¿Cómo es que me duermo en éstas? No pue-

de ser el veneno todavía, hace apenas... ¿cuánto? La duda removió su instinto de sobrevivir, y como traídas por él llegaron las palabras.

—Oiga, Matías —empezó, para inmediatamente arrepentirse, no de lo dicho sino del tono con que lo dijo, conminatorio. Pero su voz fue cortada, más que por esta reflexión, por un casi doloroso ramalazo de sed en su garganta.

Matías le alargó la cantimplora. Parejo con el ascenso de ésta a los labios, subió la humillación del certero reconocimiento mudo que el otro hizo de su estado. El trago no fue muy largo, había que reservar, pero echó la cabeza adelante y dejó caer un chorro sobre su nuca.

Buscó una nube, quiso aproximar el canto de un pájaro, intuir alguna humedad en el paisaje, esquivar esa ansiedad de horizonte: después de aquella vuelta, de esa lomita.

—Matías —rigorizando un tono equidistante de la arrogancia, pero también del ruego—, ándele más rápido, hombre, que falta mucho. Yo aguanto un paso fuerte. Lo importante es llegar ligero, que si no... bueno, necesito una vacuna, ¿entiende?

—Sí, doctor... pero es que va y se cae —contestó suave, Matías, sin volverse. No le gustó la respuesta, demoró en llegar, creyó. Y tal vez como un algo de exagerada brevedad en ella.

—¡Si me caigo me recoge! Oiga, Matías —suavizó— usted sabe que siempre falta y esta curación sirve para un rato no más, ¿entiende, no? ¿Cómo putas me voy a morir así! ¿Cómo no traje algo de suero? Pero hasta el pueblo aguanto.

—Bueno, doctor, tranquilo... Pero fíjese que desde que cogimos la trocha le di duro.

—Entonces, ¡dele más todavía!

—Está bien, agárrese lo mejor que pueda —la voz de Matías timbró un matiz de impaciencia, como cuando se previene a alguien por enésima vez. Tuvo que apretar las mandíbulas, la herida le daba tironazos. Se inclinó un poco más, como boxeador aún fresco aguantando la primera avalancha del rival.

Supo que iba a llegar un momento en que el dolor lo obligaría a pedir se detuviera ese casi trote al que se lanzó la mula. La cosa era demorar ese momento. Una decisión feroz de no ceder, no bajar la guardia, lo reconfortó como un corrientazo de voluntad venido de la recalentada piel del animal. Llegó la imagen de Lawrence venciendo al desierto. Imagen posible, todo dependía de...

Atardecía, pero aún hacía calor. De lado y lado la vegetación dio unos pasos hacia ellos, la carretera fue camino. Estamos ya en la trocha, ¿cuánto llevaremos en ella? ¿Me quedaría dormido? No, tal vez sólo un momentico.

—Ya cogimos la trocha, doctor.

—Ah, sí.

No quiso mirar, pero sabía que la hinchazón

había crecido bastante. Una nube de mosquitos, como adherida a un tallo invisible nacido de su hombro, avanzaba a unos centímetros del brazo.

—La cantimplora —pidió. La recibió sin mirar a Matías, se echó dos tragos, la devolvió.

—¿Y usted no toma, Matías?

—No tengo sed —mintió el indio—. Usted la necesita más.

Ahora, en uno que otro sitio, árboles poderosos extendían su copa hasta cubrir en sombra todo el sendero; de una a otra orilla volaba un entrecruzarse de trinos y graznidos. La alta maraña vegetal les acercaba a la nariz, a la piel, la promesa de follajes húmedos, arroyos lentos, penumbras refrescantes. El sendero fue entonces una sola palabra: frescura. Por primera vez tuvo conciencia de que sudaba mucho. Estos indios son muy hipócritas, son capaces de cualquier cosa. Pero no, ¿por qué iba a tener malas intenciones?

Prefirió reconocer su miedo. Y esto lo alivió un poco, porque se dispuso a hacer lo que fuera para sobrevivir. ¡Tenía que vivir! Hasta ahora iban bien; en media hora o cuarenta minutos estarían en el río. Tocó el codo de Matías, éste se volvió y le puso en la mano la cantimplora.

Las palabras lo desbordaron antes de ordenarlas, sopesarlas, elegir las como debe ser; antes aún de decidir fríamente si era mejor hablar que callar. Se oyó decir viejas palabras que irrumpieron como un río nuevo. Creyó haber dicho mucho, pero todo lo que avanzara, ahora que caía en la cuenta, fue:

—Yo sé que lo de su hija le tiene que haber dolido...

—¡Agárrese bien! —interrumpió Matías.

Pero el tono impaciente de Matías obró como deshinibidor.

—No, Matías, déjeme decirle —insistió— lo de su niña... porque ahora usted me está ayudando.

Al decir esto sintió que el indio se tensionó más.

—...

—Pero usted se acuerda bien, yo estaba muy borracho. No podría haberla atendido; ni siquiera me podía mover, usted se acuerda.

—...

La puerta cuadrículando un trozo de plaza casi desierta. El sol de las diez de la mañana encandilando sus ojos alicorados, cuando se esforzaron por fijar la silueta del hombre que aparentemente llevaba allí un rato. Las palabras intentando articular un sentido preciso: niña, lejos, mula, plata. El silencio de los compañeros de mesa, expectante sólo un momento, los ojos del hombre hurgando, sin trasponer la puerta, una posibilidad, la espalda, los pasos lentos alejándose, el olvido.

—Tanto, que ni entendí qué pasaba, ni me acordé cuando desperté, después me contaron. Imagínese cómo estaría, Matías —le arrimó el nombre como quien muestra una moneda a un niño.

¿Es que no va a decir nada?

—Matías —como fuera quería romper la calladera del otro—, usted entiende lo que pasó, ¿no cierto? Claro, yo sé... bueno, no debí estar borracho y —una punzada brutal de dolor, que le encalambró todo el cuerpo, le quitó la palabra.

—Mi Dios la llamó, doctor... ¡Qué se iba a hacer, pues!

—No. Si yo hubiera estado fresco tal vez se habría salvado.

—El la quería muertecita, se la llevó. ¿Y qué gana uno? Ya no se puede hacer sino resignarse. ¡Vamos, mula! —remató, como quien no quiere hablar o está cansado de hacerlo. Supo que había entrado en un silencio más definitivo, del que saldría sólo para los gestos imprescindibles.

A esta gente es mejor dejarla con su calladera. Aunque de pronto no está tan resignado como dice.

Desde lo más hondo avanzaban los latidos de dolor como una onda concéntrica que alcanzaba cada pulgada de su cuerpo. Apretó los labios para no quejarse. ¿Cuánto tendré de fiebre? Esto lo preocupaba más que el dolor, pues las consecuencias eran el embotamiento, pérdida de reflejos y de fuerza.

Un graznido se abrió hasta su instinto de cazador aficionado. Matías tensionó ligeramente las bridas y miró el ave; intentó seguir esta mirada pero lo mareó la blancura de una luz que caía en chorros espesos y deslumbrantes.

—¿Un gavilán?

—Sí.

El tumbó uno a los seis meses de estar allí; reseñó la hazaña en cartas a su familia y a dos amigos. Pensó ahora absurdamente que ése debía ser el fantasma del que mató.

El monte tuvo un espesarse, una cerrazón de tallos, un apretarse de hojas tras el cual se huele, intuye siempre, el claro, el campo abierto, la playa. Deseó el río.

—Sí, el río —oyó a Matías.

No joda, ¿pregunté sin darme cuenta? En diez minutos estarían en el río. La balsa, veinte minutos más, y el pueblo.

—Agua.

—Tome. Queda poquita.

Sí. Entre la primera y las otras dos palabras algo se alteró, introdujo o hizo notorio. Algo duro, distanciador, impaciente. De golpe le llegó la certeza de que desde que salió del rancho lo estuvo sobrevolando permanentemente el miedo. No tanto a la posibilidad de muerte por mordedura,

sino otro miedo. Pero, ¿a qué también? Estos indios se matan entre ellos pero a gente como uno lo respetan. Además, si hubiera querido joderme ya lo habría hecho.

Buscó el río y lo encontró. Ancho, lento, verde oscuro, como todos en estas tierras. A cincuenta metros se abría un trozo mezquino de playa, rápidamente reabsorbido por la constante para'ela de selva casi tupida. Hizo un inventario instantáneo de su situación. La hinchazón del brazo era notoria, incluía el hombro, sin embargo, no alcanzaba un nivel de deformidad. El dolor, agudo al principio, y que le abrazaba ya todo el tronco, entró en una constante de embotamiento. El peligro principal, al menos mientras llegaban al pueblo, seguía siendo la somnolencia, que lo atacó casi desde los primeros minutos. Tuvo la seguridad de que difícilmente se sostendría en pie si intentaba bajar del animal por sus medios. Matías bajó y llevó la mula al mejor sombrero. Tontamente sus ojos registraron el cuerpo pequeño, moreno y fibroso del hombre, la línea tensa de la mandíbula.

Aunque era costumbre en indios y paisanos

no mirar de frente cuando se conversaba con ellos, el movimiento brusco con el que Matías le ofreció el hombro fue tan mecánico que, por encima de la aprehensión, se impuso momentáneamente el disgusto ante la torpeza. Sin embargo, antes de desarrollarse esta sensación, se desintegró en una punzada de dolor que lo mareó completamente cuando se inclinó para apoyarse en Matías. Antes de perder el sentido se dio cuenta del exagerado peso que había adquirido su cuerpo.

Dos brazos fuertes lo sostenían por las axilas. Sus rodillas temblaban, sudaba. Pero pudo sostenerse. Cuando la mirada se estabilizó contempló la otra orilla, lentamente. Lejos, pensó. Un solo canaleta y su remo, ningún hombre. Este mareo me duró unos segundos, pero, ¿el próximo? Una tibieza recorrió lo que sentía como el brazo de otro, se había lastimado la herida.

Sospechó que no salieron a la parte que esperaba, pero estaban en el río y el asunto era obrar rápido.

—No conozco bien este paso, pero es que la otra trocha tiene mucho hueco, y así nos hubié-



ramos demorado más —comentó Matías. Como dichas de más lejos le llegaron estas palabras—. Y el lío —continuó— es que uno no sabe... tal vez es muy hondo p'a pasar con la bestia... de pronto va y se cae.

Con que sabe hablar. ¿Cómo me fui bajando de la mula sin pensar por qué?

—¡Pero no podemos esperar a que aparezca el dueño de la canoa! —urgió, con un esfuerzo que le produjo escalofrío. Y como supo débiles sus palabras, inaudibles casi, como derramándose de los labios, las ayudó con la mirada antigua del amo cuando encuadra en su condición fundamental al que está bajo su bota.

—Sí, hay que ir por ella. Pero me voy a tener que tirar al agua. Estos ríos tienen partes muy hondas, y pasar con el animalito... mejor no.

Callaron, y en el silencio, el rumor del agua concluyó por ellos. Ya no se miraron más. Los avances que obtuvo Matías con sus primeras brazadas fueron evidentes desde su observatorio, y le convencieron de que pronto le vería erguirse

en la otra orilla. Pero la negra cabeza y los espumarajos de blancura momentánea que los brazos bordaban en aquel verdeoscuro, semejaron entrar en una horizontal que los imantaba e impedía avanzar. Quiso levantarse para constatar; lo desechó.

El calor había disminuído, pero la luz aún era mucha para sus ojos. Se hizo sombra con la mano y notó que Matías saldría bastante abajo de la canoa pero cerca a la boca de la única trocha adivinable. Hacia ella lo vio dirigirse una vez se escurrió un poco. Tuvo la impresión de que le repetía una seña, renunció a entenderla. ¿Irá por el dueño? ¿Y si está muy adentro? Se tranquilizó porque Matías fue claro en decirle que si no lo encontraba ligero tomaría el canalete y ya tendría tiempo de dar explicaciones. Y pasado él tratarían de pedir prestado un animal en el rancho de un tal compadre Bernardo, o se verían obligados a arriesgar el paso con la mula.

¿Una paloma blanca? ¿Una garza? Blanquísimas. Más que volar se mecía, danzaba en una corriente muy alta, por momentos se diluía en la luz. Despertó, trató de incorporarse, desespe-



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA  
SEDE ADEUT. LIN  
DEPTO. DE BIBLIOTECA  
BIBLIOTECA "E" GO

rado. Apoyándose en la piedra que tenía al lado logró levantarse lo suficiente para mirar la otra orilla; cuando pudo fijar la mirada y no vio a Matías, un nudo subió de su estómago y quiso convertirse en grito. Al punto lo vio, le hacía una seña, que aguardara, y otra señalando el monte. ¡Cómo que aguarde! ¡Ya le dio flojera de agarrar la canoa al maricón éste! ¿No ve cómo estoy? Un temblor frío lo recorrió y, por primera vez, sintió náuseas. ¿Los vómitos? Ahí sí estaré frito. Es malo desesperarse; estar alerta, sí. Tuvo que sentarse. Se sabía con mucha fiebre y el temblor era ahora casi constante. ¿Qué gano con un analgésico? No hay nada que valga la pena en el maletincito. ¿Que de casualidad apareciera alguno por aquí!

Miró su reloj, lo había olvidado completamente. Qué objeto sin sentido, pensó. Pero también olvidó momentáneamente la cantimplora, y esto sí lo preocupó. Su sed llevó el gollete a la boca, calculó que quedarían dos buenos sorbos y se echó uno.

¿Una ilusión? Creyó ver a Matías escondido, observándolo. Unos instantes después lo vio aparecer y dirigirse a la canoa mientras con la mirada lo ubicaba a él. Contempló estupefacto cómo Matías, después de hacerle otra seña, que tampoco comprendió, regresó corriendo hacia los árboles. ¿Qué te pasa indio maldito? Acababa de saber que debía hacer algo, el aire se lo dijo. La determinación ya lo ponía en movimiento, cuando la causa de ella lo dejó quieto de horror: la sospecha profunda, que una oscura voluntad suya acalló cuando ya desde el rancho lo buscara, de que algo malo vendría de Matías. No, como siempre, me apresuro a juzgar. Claro que lo debo presionar a ver si se mueve y deja de pendejear. Tiene que saber que me puedo morir. Se asombró al darse cuenta cómo, a pesar suyo, su mente elaboró distintas estrategias para una y mil emergencias, pues no tuvo que pensar mucho para saber qué haría. No podría montarla, pero arrimaría la mula a la orilla para hacerle creer que estaba dispuesto a arriesgarse. El indio tenía que saber que no podría explicar fácilmente en el pueblo la desaparición de médico y mula.

Los movimientos debían ser dignos, seguros. Tuvo la impresión de recoger sus fuerzas una a una, pero se irguió, dominando el temblor. En cuatro interminables pasos estuvo con la mula, tomó la brida, pero el esfuerzo fue mucho. Flaqueó, y apenas tuvo el tiempo de simular que se arrimaba a susurrarle al animal, pero en realidad buscando sostenerse y aguantar la náusea que de nuevo le vino. Tengo que hacerlo; no intentar, hacerlo.

Se dio vuelta hacia la playa y avanzó, la brida en la mano. No debía mirarlo. Si estaba en el monte y salía, tendría que alarmarse. El agua llegó a unos dos o tres pasos. Buscó un promontorio donde aparentar que treparía a la bestia. ¿Y si lo intento en serio? ¡Carajo, dio resultado! De reojo percibió que Matías se afanaba en retirar los pequeños troncos que cuñaban la canoa.

Y como jugaban últimas posibilidades, las dos angustias se detuvieron en el mismo instante. Matías, a mirarle subir; él, a esperar que el otro se lanzara al agua. Pero Matías cruzó los brazos. ¡Indio malparido! ¡Si salgo de ésta te vas a tener que perder del pueblo!

Ahora no podía escoger. Respiró hondo, alzó el pie hacia el estribo, cayó. El dolor fue como un rayo que lo desintegrara en pedacitos. Había perdido, pero aún debía intentar terminarlo. La frase pudo llegar a su cerebro: no tengo otra posibilidad. Poco a poco se puso en cuclillas. Como atravesando una máscara le llegó un saborcito salado y una humedad lenta. Alcanzó una precaria vertical y todo giró; cerró los ojos para evitar caer. Al primer paso el agua cubrió sus tobillos. A pesar de la bruma que le impedía ver nítidamente, distinguió a Matías. Estaba ya en la canoa, unos metros acá de la orilla, extrañamente quieto, alerta. ¿Sonreía?

La corriente no era fuerte, pero el río ganaba profundidad rápidamente. El agua acarició su estómago, y la caricia le trajo un mensaje de profundidad que lo detuvo, vacilaba. Nadaba bien, y la idea era mover los pies, dejarse ir. El vómito resolvió la duda; fue incontenible, jaspeó una y otra vez la superficie, mientras regresaba a la playa con la preocupación absurda de vomitar en ella. Cuando giraba creyó ver que Matías estaba por alcanzar la mitad del río. Intentar de nuevo con la mula, aunque él reventara. Con el vómito aumentaron los temblores y le vino un dolor de cabeza que le dificultaba abrir los ojos.

Las crines del alazán ondearon con la misma suavidad que la hierba alta de la llanura. En la cima de la colina, montado en una hermosa yegua, lo esperaba, inmóvil, su papá. Resbaló y deseó convertirse en hierba para no tener que perseguir su caballo sino estar con él en cualquier sitio a donde fuera. El pasto fue una canción fresca en su cara. Cuando se levantó distinguió a Matías montando en un caballito negro, y más cerca de él que lo que estaba su padre. Tras Matías, en animales idénticos, montaban uno y otro y otro de los indios y campesinos que había visto o atendido en el pueblo.

Mundo silencioso. No se oían ni los cascos de los caballos que circulaban frenéticos a su alrededor, ni el viento, que desordenaba crines y ponía a trepidar las copas de los árboles. El círculo silencioso de jinetes fue estrechándose o el paisaje se dilató, pues la colina en la que su padre seguía esperándolo pareció alejarse. Las figuras apenas se diferenciaban. Ahora todo era una cinta negra cada vez más alta y más cercana. Por un instante flotó sobre crines como nubes, y luego fue hundiéndose lenta, placenteramente, por ese torbellino de silencio y negrura.

Matías vio cuando el médico caía, luego de un extraño giro, con los pies hacia la playa, y brazos y cabeza dentro del agua. En tres minutos estaría a su lado. Sabía cada paso de lo que tendría que hacer en la media hora siguiente.